

ENCUESTA Y ENTREVISTAS

A continuación, reproducimos el texto de la encuesta (con algunas variaciones que surgieron en las entrevistas) realizada entre mayo y agosto de 1997, que se enviara a los escritores:

En opinión de muchos de nuestros escritores no parece posible, hoy, hablar de Literatura Latinoamericana desde el momento en que esto implicaría la aceptación de una serie de presupuestos que tiende a unificar y simplificar los múltiples procesos estéticos que allí suceden.

Latinoamérica aparece como un lugar en el que una heterogeneidad de corrientes se apropiaron con mayor o menor "irreverencia" (cf. Borges) de las tradiciones centrales a partir de diversos usos locales y recorridos que se fueron consolidando y regionalizando.

En este marco de problemas queremos preguntarle:

1) Si Ud. reconoce que se esté modificando o no, y en qué sentido, la producción literaria actual de las distintas regiones de Latinoamérica, en relación con el fenómeno de la globalización massmediática que parecería quebrar la posibilidad de seguir hablando en términos de la relación centro-periferia: un centro (Europa) que, en mayor o menor medida, formó parte de las condiciones de producción de las literaturas regionales latinoamericanas y marcó las reflexiones acerca del origen y de cómo fueron leídos los géneros literarios en diferentes zonas de Latinoamérica.

2) ¿Qué piensa de su práctica literaria en el contexto de ciertas tendencias que marcan la práctica de otros escritores latinoamericanos?

RESPUESTAS DE LOS ESCRITORES

ALVARO ABÓS

(Argentina)

1) y 2) Las preguntas que me formulan inducen a generalizaciones que en mi caso serían imprudentes. Ni soy especialista en el tema ("producción literaria actual de las distintas regiones de Latinoamérica", "práctica de otros escritores latinoamericanos" etc.) ni tengo opiniones que superen el lugar común al respecto.

Por otra parte, desconfío de las "opiniones", quizás por fastidio ante una época que nos *atosiga*, como diría alguien que prefiro no nombrar, con una avalancha de ellas. Quizás ello parezca extraño pues al publicarse mi último libro, *El país del aguante. Cartas a un joven sentado en la vereda* (1996) fui tachado de "moralista",

tanto desde el aprecio como desde el odio. Si ellos lo dicen... Y sin embargo, trataré de atenerme a los hechos.

Como escritor, es decir, como alguien que fundamentalmente lee, mi principal problema es atenuar las lagunas y desinformaciones sobre ese archipiélago inmenso que es la literatura latinoamericana, y que no llenan ni el mercado editorial, ni el periodismo cultural, ni la producción académica, por lo menos aquella que trasciende hacia quienes, como el suscripto, no pertenecemos al ámbito universitario. Daré tres ejemplos.

1- Me costó bastante procurarme un ejemplar de *El apando* (1969) de José Revueltas, escritor mexicano muerto en 1976. Pude confirmar entonces que se trata de una obra maestra (¡ya incurrí en una *opinión!*) de la nouvelle, y al mismo tiempo casi desconocida en Argentina, así como el resto de la obra de Revueltas.

2- Tardé muchos años en entender que los libros de Clarice Lispector no eran ni novelas latinoamericanas, ni pertenecían al realismo mágico, ni mucho menos al feminismo, sino que eran, literalmente, autoayuda, en el sentido en que lo son Sócrates, Emily Dickinson o Fernando Pessoa, es decir literatura que auxilia a vivir. Me dio la pista João Guimarães Rosa (otro gigante poco conocido), quien memorizaba párrafos enteros de C.L. como guía de su propia vida.

3- El uruguayo Mario Levrero vivió cinco años en Bs. As. durante los cuales tuvo cierta inserción en medios editoriales y periodísticos argentinos, que parece haberse desvanecido desde que en 1991 regresó a su país y, sin embargo, Levrero siguió publicando en Uruguay. Sin ir más lejos, a fines de 1996 se publicaron en Montevideo dos nuevas novelas de Levrero (pero, ¿son novelas lo que hoy escribe?) y todo ello es ignorado en esta orilla. Pero Levrero es una gran voz de esta época. Su caso me recuerda a Onetti, que vivió años en Bs. As. y regresó a Uruguay en 1959 en medio de la indiferencia general. En los años setenta, los argentinos descubrieron que era un genio, cosa que los uruguayos ya sabían, y no porque Onetti fuera uruguayo sino porque allí hay, parece, otra forma de ejercer la crítica.

En suma, me siento perplejo. Pero me parece más útil abrir los ojos y los oídos que pontificar, dicho sea esto sin ofender a nadie.

JORGE ANDRADE

(Argentina)

1) Para analizar los efectos del fenómeno de globalización de los medios de masa es conveniente recordar que no se trata de un hecho autónomo sino que forma parte del proceso de globalización económica.

En segundo lugar estamos obligados a desmentir la falacia que afirma interesadamente que la globalización económica significa la abolición de centro y periferia.

En todo caso la apariencia de que tal ha ocurrido es una ilusión producida por la velocidad y alimentada publicitariamente, por razones estratégicas, desde los centros de decisión.

A favor de la abolición selectiva de las barreras administrativas y fiscales, y del abaratamiento y aceleración de los medios transportadores, los bienes, el capital financiero y la información se mueven a gran velocidad por el mundo; pero el capital, los datos, el conocimiento (información elaborada) y el poder de decisión siguen acumulándose en el centro. Las especies materiales e inmateriales circulan cada vez más rápido, pero la corriente de fondo fluye unidireccionalmente y se detiene siempre en el mismo lugar. Allí, capital y poder se retroalimentan y crecen al unísono.

La información que se traslada a través de los medios de comunicación de masa es parte de ese viaje. Nace, se selecciona, se elabora y se distribuye en los centros de poder, no importa dónde tenga lugar el acontecimiento.

En el centro es donde se acumula el capital cultural. Allí están el patrimonio artístico, los archivos, las bibliotecas, los museos, los teatros, las orquestas, la capacidad de investigación. Y por lo tanto allí está la industria cultural: los estudios de cine, las casas discográficas, los marchants de arte, la producción televisiva, las distribuidoras, la industria editorial.

Centro o centros (Estados Unidos, Unión Europea, Japón) y periferia, en un mundo más veloz, e interés de que en la vertiginosidad se diluyan las diferencias a los ojos de los perjudicados.

Europa, por su carácter históricamente central y una actitud compatible con esta tradición, protege sus señas de identidad de los embates de la cultura dominante.

América Latina se comporta de modo menos adulto y contempla el aluvión económico y cultural deslumbrada por el brillo de las cuentas de vidrio.

Ese estado de cosas incluye la producción literaria. Las innovaciones y también las modas van del centro a la periferia, empujadas por empresas y promociones poderosas. ¿Cómo pretender que se revierta el proceso -concretando el problema en Latinoamérica y más particularmente en Argentina- con un sector editorial raquítico, tiradas insignificantes y, en la mayoría de los casos, una dependencia de las casas matrices situadas en el primer mundo?

Apenas pueden esperar difusión mayor y trascendencia aquellos escritores que emprenden su aventura personal y logran colarse en el mercado editorial de los países desarrollados. Aventuras personales pero no movimientos literarios nacionales, regionales o continentales. Estos síntomas son más agudos hoy que treinta años atrás, cuando la edición latinoamericana y argentina gozaban de mejor salud y mayor independencia económica y, sin embargo, el "boom" literario latinoamericano fue montado por Barral desde Barcelona.

Las mismas causas, los mismos efectos que en el pasado, sólo que a mayor velocidad. Llegan en menos tiempo que movimientos tan consistentes como el

romanticismo y el naturalismo las frivolidades y fruslerías del llamado postmodernismo literario, importadas de la metrópoli y deglutidas con ingenuidad provinciana y escasa crítica en nuestro medio. Por el contrario, no se vislumbran a nuestro alrededor impulsos creativos como el modernismo o el realismo mágico, con energía bastante como para remontar la corriente.

2) Desde luego que mi obra reconoce influencias; pienso y escribo dentro de un contexto cultural y a partir de antecedentes. ¿Quién puede negar el influjo de los maestros?; admito mi amor fidelísimo a Cervantes y Shakespeare, mi reverencia indeclinable a Proust y Pavese, y otras pasiones de juventud, múltiples, ardientes y veleidosas. Pero no estoy enrolado conscientemente en ninguna tendencia literaria, latinoamericana o no.

Sobre este tema prefiero no extenderme con mis propias palabras y dejar expresarse al crítico Nelson Marra:

“Dentro de esas virtudes (literarias), quizá la más relevante, o la más caprichosamente plausible, sea la de descubrir en Andrade a un narrador difícilmente encasillable en escuelas, tendencias, ‘capillas’ y, mucho menos, modas coyunturales a la hora de hacer literatura. No cabe duda, este novelista argentino es un ineludible navegante solitario. No sólo dentro de las opciones estilísticas que conviven actualmente en la literatura de su país, sino en general, de lo que se entiende, a grandes rasgos, como nueva literatura latinoamericana o creación del exilio. Sí, naturalmente que, entre otras cosas, queremos decir que Andrade no se resigna a ser otro epígono de Cortázar, de García Márquez o de Rulfo, ni tampoco a ser un continuador de los guiños felices que determinaron el éxito legítimo de una forma de escritura.

Por el contrario, el novelista recurre, casi exclusivamente, a su voz propia, a su memoria individual.

Confía en la palabra y en una anécdota eminente narrable, cargada de sugerencias y posibilidades.”

(En *Comunidad escolar*, Madrid, 16/9/87)

Y a Luis de Paola:

“Lo que diferencia a un escritor genuino de un falsario es que el primero tiene, siempre, una visión del mundo que lo hace inconfundible. A Jorge Andrade se lo reconoce enseguida, no sólo porque posee lo que Sartre denominaba ‘un estilo de novelista, solapado y secreto’, sino por los ambientes en que discurren sus historias y, sobre todo, por sus personajes. En este sentido... yo diría que es en la universalidad de sus personajes donde se parece más a sí mismo.”

(En *El Urogallo* N° 39-40. Madrid)

EDUARDO BELGRANO RAWSON. (Entrevista)

(Argentina)

BR: Ante todo quiero decirles que yo no reflexiono habitualmente sobre la literatura, ni siquiera en privado. En general las entrevistas me representan poco porque no encuentro adecuadamente citado lo que dije, cuando no cómicamente alterado. Y no reflexiono sobre la literatura porque no es un tema que me interese en el contexto de mi oficio, oficio que ejerzo con bastantes dificultades de manera casi instintiva y todo lo que opine sobre ella seguramente va ser contradictorio; me van a ver opinar lo contrario en otras entrevistas... Hago constar que cuando opino cosas a las que no me niego debo prevenir que son opiniones que deben tomarse como tales y con las reservas del caso.

Con respecto a lo que dije sobre el español sigo teniendo esa sensación: que los latinoamericanos escriben de una manera mucho más provocativa, mucho más imaginativa, precisa, evocativa, periodística, clara, consisa...

EV: *¿respecto de quiénes?*

BR: respecto de los españoles. Son los dos planetas en que podríamos escribir la literatura en español. Me sigue pareciendo eso, pero es una opinión de puro lector, nada más.

A mí me parece, cuando tomo una novela escrita en España de hoy, me parece una sopa fría y yo sigo leyendo a los autores latinoamericanos de hoy -incluyéndonos a todos- con el mismo gusto con que lo he hecho hace diez o veinte años, me sigue pareciendo lo mismo. Pero tampoco tengo el conocimiento de autores españoles ni estoy actualizado lo suficiente como para que esta opinión sea absoluta, es muy probable que se me escape gente y que yo no esté al tanto de cosas que estén saliendo y debería estarlo. No me pasa lo mismo con otros autores europeos del momento como pueden ser o Tabucchi o Saramago, que son espléndidos por distintas razones, y no encuentro ningún autor español que llegue a la altura ni remotamente de Saramago, ni de Tabucchi, ni de Vargas Llosa, ni de García Márquez, ni de Cortázar.

MV: *¿Qué está escribiendo ahora?*

BR: Lo que estoy escribiendo ahora ni siquiera sé si es una novela... porque a lo más que se podría parecer, si yo llevo el análisis a las últimas consecuencias, sería a una novela de no-ficción, porque está absolutamente fundada en la realidad; pero no es una novela histórica, género que ni siquiera sé si existe.

La novela histórica... la última vez que lo hablé fue con Juan Saer en Santa Fe: dice que la novela histórica no existe, que no la hizo ni Dumas ni Walter Scott. O es novela o es ficción, dice él. Y yo en algunas cosas le encuentro razón, hay como una contradicción central en eso que no se pueden conciliar: si por novela histórica entendemos Astolfi contado en clave de ficción, casi podríamos decir que existe; es

decir, yo agarro a Astolfi y lo cuento en clave de ficción, le doy un tono narrativo, nada más, pero lo cuento a Astolfi. Eso no es lo que se dice "novela histórica". Rivera dice más o menos lo mismo, pero ni Rivera ni yo somos tan tajantes como Saer. Lo que pasa es que es una discusión sin salida...

EV: *Sí, porque los críticos la siguen llamando novela histórica.*

BR.: Salió un artículo ahora en *Radar*; nosotros estuvimos discutiendo eso con algunas cosas que no se dijeron así... Por ej., Fuegia es una novela, no se puede catalogar de novela histórica. Es una novela, punto. ¿Por qué la catalogarían así?, ¿por Tierra del Fuego? ni está nombrada en el libro, ¿por los fueguinos? no existen en el libro, ¿Argentina? no se dice en ningún momento, el Estrecho de Magallanes no está mencionado, el Canal del Beagle tampoco ¿eso es novela histórica?

EV: *A mí me parece que, novela y lector, reconocen que comparten algo que ha sido tratado o maltratado u olvidado por el discurso de la historia, y que compartir eso permite pensar en lo que pasa hoy desde un lugar reconocible, común a ambos, desde el que se reescribe...*

BR: Si es así, entonces *Cien años de soledad* es una novela histórica, *La ciudad y los perros*, también... ¿qué diferencia hay? (...) Los críticos, los editores dicen alegremente "novela histórica"; creo que es una discusión porque tampoco deja de tener la historia adentro. No sé...

EV: *A mí me parece que, más que porque diga algo que coincida con el discurso de la historia propone otra lectura diferente de cómo vinimos nosotros escuchando lo que sucedió en la historia por el discurso histórico; creo que en ese sentido la llaman novela histórica.*

BR: Bueno, en ese sentido cualquier novela es una novela histórica, basta que tenga tres lugares geográficos y dos menciones... ¿*Los desnudos y los muertos* es una novela histórica? Nadie diría que lo es, y más histórico que *Los desnudos y los muertos*, imposible: es la Segunda Guerra Mundial, están los coroneles, está el ejército norteamericano, está todo, ¿por qué no es una novela histórica? Conque una sea histórica, todas lo son: toda novela que se ocupe de un ámbito geográfico determinado, con personajes supuestamente históricos, porque además ¿qué son los personajes históricos? el Che era histórico, ¿la sirvienta del Che no era historia?, ¿no existió la sirvienta del Che? Si yo hago una novela sobre la sirvienta del Che ¿es, no es una novela histórica?

EV: *es interesante, porque el discurso tradicional de la historia no toma la sirvienta del Che; los escritores, sí. Pero decir que la sirvienta era del Che, implica un juego o un posicionamiento respecto de que el discurso histórico, eso, no lo contó.*

BR: Es muchísimo más interesante, pero no estamos hablando de eso, estamos hablando de qué es novela histórica y qué no es: si yo cuento la batalla, es novela histórica, ¿si yo cuento la encamada de la sirvienta, no es novela histórica? No tiene salida, por otra parte no es un tema ni siquiera para mí interesante, pero los que

arman las mesas creen que hay que discutir esas cosas y, bueno, uno dice las dos o tres barbaridades que se le ocurren, pero esa discusión no tiene salida ni sentido. En todo caso es una discusión para los críticos.

MV: *Y para Ud., ¿cuáles son los temas más interesantes?*

BR.: A mí lo único que me es interesante alrededor de la literatura es charlar con los escritores sobre su trabajo y después de las horas de su trabajo, pero desde un enfoque personal. Yo no tengo posturas teóricas sobre la literatura: "me gusta - no me gusta" y no puedo ir más allá de eso porque en general no sé, no por un prurito determinado; entonces, no tengo suficiente autoridad para opinar sobre muchísimas cosas que ocurren alrededor de la literatura y que son materia opinable y discutible en términos teóricos y son interesantes, y por eso yo me siento en esas mesas, generalmente incómodo, pero además como son buenísimas oportunidades para ver amigos y para tomar un vino, voy. Pero nada más. No creo que pueda dejar mucho opinando sobre eso. Ahora si a mí me dicen: ¿cómo trabajaste tal cosa?, ahí sí puedo hablar: sobre lo que yo hice y acerca de experiencias personales, pero no en un marco teórico en el que ni siquiera me pongo a pensar porque no me interesa.

MV: *Y sobre la segunda pregunta: ¿qué piensa de su práctica literaria en relación con otros escritores? [leemos la preg.] ¿hay puntos de contacto en la forma de escribir, en el lugar en que se pone el escritor en relación con ...*

BR: Creo que hacemos cosas distintas y eso es lo interesante de la cuestión. No tiene nada que ver lo que hace Andrés Rivera con lo que hago yo en el plano histórico, ni tenemos los mismos métodos para trabajar. A mí me interesa mucho lo que hace y lo que escribe, pero no tenemos puntos de contacto ni en cómo escribimos ni en cómo trabajamos. El es un escritor que parte de una idea: parte de la idea de cómo vuelve a Castelli en la figura atormentadora y enigmática a partir de su cáncer de lengua. Yo he seguido procesos distintos, por ej., en el caso de *Fuegia*, yo leí todo lo que había sobre los fueguinos en el mundo, todo. Y tenía mi historia que iba a ser el argumento de la novela: la historia de los indios secuestrados por Fitz Roy llevados a Inglaterra, traídos de nuevo y soltados acá: un teleteatro... Cuando yo tuve toda la investigación hecha decidí que no podía escribir así, tenía que escribir otra cosa. ¿De qué me sirvió a mí la investigación de la historia? Hice otra cosa. Ahí me acaba de llegar una carta de una editorial francesa donde me piden que escriba una introducción de tres carillas explicando los límites entre la realidad y la ficción como introducción de *Fuegia*. Les dije que me resultaba mucho más fácil escribir *Fuegia II* que escribir eso (...).

(...) Ellos me lo han pedido de buena fe, pensando en sus lectores, porque la resonancia de Tierra del Fuego en Francia es muy fuerte, para ellos Tierra del Fuego es un lugar concreto y Buenos Aires no es nada; cuando ellos piensan en la Patagonia, piensan en Tierra del Fuego; cuando ellos piensan en América del Sur, piensan en la Patagonia y en el fin del mundo, jamás se les ocurriría pensar en Bs. As. o en

Córdoba: no tienen la idea, no les interesa, no existe Buenos Aires. La Patagonia, Tierra del Fuego, es para ellos una presencia mítica; Ushuaia en Francia es una marca comercial, tal es el grado de representación que alcanza para los franceses; acá la gente ni siquiera sabe escribir Ushuaia. Los franceses estaban estudiando a los fueguinos en el siglo pasado cuando los argentinos ni siquiera sabían.

Probablemente entre Piglia y Saer haya puntos de contacto en su escritura reflexiva, ensayística; es todo lo contrario de lo que yo hago, creo; me caracterizo por no tener ideas, escribo mis impresiones, casi no pienso, hay una acción permanente: se piensa a través de la acción, no sé mucho de eso...

(...)

MV: *La mayoría dice que Argentina no es Latinoamérica, es más semejante a Europa, en el sentido de la imposibilidad de diferenciar rasgos que unifiquen a los distintos pueblos o regiones de Latinoamérica.*

BR: ... Bueno... la pobreza, la colonización cultural son rasgos distintivos... Lo que nosotros no tenemos de los latinoamericanos es el orgullo de pertenencia. Somos una especie de renegados, especialmente en Buenos Aires; pero los contactos del interior con Latinoamérica son fuertes. Es decir, ¿de dónde estamos hablando? tenemos diferencias de sentimientos, pero los rasgos... recién hablábamos del folklorismo literario. Después padecemos del mismo grado de incivilización; nosotros no tenemos los dos mil quinientos años de cultura detrás, con un pasado menos importante que los mexicanos; ellos tienen raíces -que nosotros también tuvimos, lo que pasa es que nuestras civilizaciones fueron patéticas, en cambio las de ellos eran sólidas - ¿De quién es el déficit, nuestro o de ellos?, ¿o eso nos convierte en europeos? Tener a los diaguitas, que los pampas hayan sido nuestros antepasados en lugar de los aztecas, ¿nos convierte en europeos? O sea, la falta de raíz cultural propia... porque por ahora estamos iguales... Acá vinieron más inmigrantes; allá una población indígena impresionante; acá no había nada... por eso los españoles inventaron de todo, eso de la ciudad de los Césares... no había nada. ¿Eso nos convierte en europeos? El no haber tenido un pasado, de 30, 40 años de un liberalismo constructivo, progresista; después tuvimos de todo: militares, la misma anarquía, el caudillaje... tuvimos todas las taras que pudo haber tendido cualquier novela latinoamericana con su degollinas, sus masacres y sus guerras civiles. Después el mismo pasado corrupto, la misma voracidad de la clase dirigente que tuvieron ellos, tuvimos nosotros; el robo sin medida de los dineros del estado y el control del poder desde el estado y en 1930, los conservadores le enseñaron a los militares que se podía tomar el gobierno sin consecuencias, y eso lo convalidó la clase intelectual argentina a partir de la Suprema Corte. En el '30 empiezan las desdichas argentinas. En su momentos se produce un quiebre donde este país pierde toda posibilidad de convertirse en una nación civilizada. Por supuesto, no hay crímenes absolutos; si se

levantó Alemania, no nos vamos a levantar nosotros... pero, si es que supuestamente queremos ir a Europa. Yo no sé para qué quiero ir a Europa por otra parte, eso lo digo como un ejercicio retórico de quienes se sienten más cerca de europa; ¿vamos a ser la Albania de Europa?, ¿vamos a ser la Grecia de Europa? ¿la Serbia, la Croacia? Eso es Europa y nosotros... digamos, si estamos cerca de Europa, estamos cerca de eso. Con una distinción: nosotros somos un país que en general en este siglo ha privilegiado la paz, y eso es un valor que tenemos que rescatar.

CARMEN BOULLOSA

(México)

1) y 2) Todo va más lento de lo que parece. Eso que llaman la globalización tardará en impactarse de lleno. En cambio, el "cosmopolitismo" de las literaturas regionales hace mucho que dejó de serlo. Lope de Vega, Quevedo y Cervantes escribieron como escribieron porque cobraron conciencia de que existía un territorio que hoy llamamos Latinoamérica. Sus raíces están aquí, su explicación está de este lado del mar; nuestro territorio es la fuerza de su divinidad monstruosa, por llamar así a sus poderes. Los alimentó el ensanchamiento del mundo. Desde la generación de Octavio Paz y Borges nuestros escritores se han alimentado de la reducción del mundo: las distancias se han acortado. Ya no hace falta viajar con vaca (como lo hizo Huidobro para tener leche para sus chicos) cuando se cruza el océano; en pocas horas podemos estar del otro lado.

Me parece que tampoco era justo y preciso llamar latinoamericana a la literatura escrita por generaciones anteriores. Se escribía de muy distinta factura. Los escritores del boom se sintieron muy cercanos por motivos ajenos a la literatura, y si sentimos ahora cercanos a Donoso o a Onetti y a Lezama Lima, es solo por otra arbitrariedad: la de los afectos literarios.

Las geografías literarias no son correspondientes a las físicas y mucho menos a las geopolíticas.

En este sentido, comprenderán que no creo sino en familias literarias que uno arma para fortalecer posiciones, enriquecerse con nexos, satisfacer deseos malsanos (o sanos).

Claro que soy una escritora mexicana, pero también me parece obvio que no lo soy. Me creo más cercana a alguna rumana que a otras de mi generación que viven aquí, a la vuelta de la esquina. Me encanta la idea de acercarme a César Aira, por ejemplo, pero es solo porque me gusta su escritura. Quiero estar cerca de los escritores que envidio.

Afortunadamente no soy académica, ni seria estudiosa, porque entiendo que mis criterios no puedan ser sólidamente articulados en un corpus que sobreviva sin

mi arbitrario humor del día. Pero yo no escribo como mexicana, aunque sólo por serlo como lo soy escriba. Si no fuera hecha de la materia de mi ciudad no hubiera necesitado escribir.

FERNANDO CRUZ KRONFLY

(Colombia)

1) y 2) Con la expresión "literatura latinoamericana" se pretende casi siempre abarcar mucho y, en consecuencia, las más de las veces no se consigue decir casi nada. Tal vez el aspecto más obvio de su significado se relaciona con su obligada referencia al terruño "latinoamericano" de donde dicha literatura es originaria, en cuyo caso la literatura que hacemos sería latinoamericana por el sólo hecho de haberse escrito en esta específica provincia del mundo. Pero, aparte de esto, que no pretendo minimizar y que de todos modos resulta importante, dicha expresión no consigue decir sin embargo tanto como tal vez quisiera. Por ejemplo, que nuestra literatura tuvo alguna vez una especie de homogeneidad o alcanzó el desarrollo de una serie de características comunes que pudieran diferenciarla si se llegara a comparar con otras literaturas universales. Por el contrario, tengo la impresión de que nunca nuestra literatura alcanzó en "bloque" características tan comunes como para constituir un todo coherente y más o menos homogéneo, como se supone. En cada país hubo diferencias y diversidades internas fundamentales, y de país a país esas diferencias y esas diversidades se hicieron inocultables.

Pero el mercado es el mercado y la fórmula más o menos insular y parcial del "realismo maravilloso" terminó imponiéndose como "marca" de nuestra supuesta identidad y creó el espacio de su propia hegemonía. Por lo cual la diversidad de nuestras expresiones literarias se vio de pronto acorralada ante la contundencia de la fórmula exitosa y vendedora, a la vez que prodigiosa en cuanto a calidad y recursos en manos de auténticos maestros. Sin embargo, hay que decirlo, todo esto se debió en muy buena parte a la acción de la metrópoli respecto de su correspondiente periferia, pues de la metrópoli es de donde suele venir la consagración, con su racionalidad del mercado incluida.

Nadie podría hoy dudar de la magia poderosa y del encanto del denominado "realismo maravilloso", mucho menos de la calidad indiscutible de las obras que produjo en su momento. Pero ocurre que ahora que declina en el mercado dicha forma de narrar, que terminó convirtiéndose en socorrida "fórmula" tercermundista, se hizo posible que pudiera irrumpir lo que estaba escondido desde décadas atrás: la fecunda diversidad de nuestras literaturas y el estilo y la múltiple conquista formal de los autores que apostaron a la marginalidad frente a los patrones exitosos y que se le jugaron a la procuración de una "obra" por la vía de la agonía del estilo.

De hecho, cuando el mercado de los libros de ficción literaria se perturba por la presencia hegemónica de una fórmula que vende y que se apodera tanto del imaginario colectivo como del mercado, la crítica, que por lo general cabalga cómodamente sobre la cresta, salvo muy dignas pero contadas excepciones, sólo se ocupa con fruición de aquello que se vende, se promueve y se publica precisamente porque se vende, con lo cual se configura una especie de reenvío constante, capaz de reproducirse en remolino a sí mismo hasta el momento en que empiezan a aparecer las señales de su propio agotamiento. Es en este proceso que hacen irrupción, construidas por la crítica, por la pseudocrítica y por el marketing, las denominadas “características comunes” de nuestra literatura latinoamericana, aunque siempre en el interior de un campo hecho de polifonías, riquezas y diversidad que terminó padeciendo no sólo el ocultamiento a causa de la hegemonía sino incluso la negación, en medio de la algarabía del marketing y el revoloteo de los contratos y los adelantos millonarios en dólares. Riquezas formales, búsquedas experimentales y diversidades que, en consecuencia, no consiguieron quedar registradas porque fueron simplemente ignoradas y puestas al margen del proceso hegemónico y exitoso del mercado.

Dígame lo que se diga, “realismo maravilloso” en realidad no practicaron en América Latina sino unos cuantos, muchos menos de lo que en general se supone, incluidos sus últimos y descarados imitadores. Pero el mercado y la metrópoli, deslumbrados ante esta forma tan tercermundista como premoderna de representarse el mundo y de narrar, impusieron entre los dos la idea de que todo en América Latina se expresaba bajo esta modalidad de la imaginación, que mitificaba de nuevo el origen de las cosas, nos regresaba a la causalidad mágica en medio de un mundo fatigado de hiperracionalidad y doblegado por los efectos de la desesperanza, instauraba otra vez el encanto de los presagios y era capaz de ofrecernos la impresión de que el mundo estaba crujiendo y naciendo de nuevo ante nosotros. ¡Preciosa sensación que dejó perpleja a la metrópoli! Y todo esto en un momento en que el surrealismo terminaba de esponjarse y la fuerza y la frescura de lo arcaico recuperaban la palabra ante la crisis de la Razón. Sin embargo, junto a las “características comunes” que empezaron a identificarse y a constatarse por la crítica en las contadas obras que expresaban aquel modo de narrar, que con el paso de los días vino a denominarse “realismo maravilloso”, coexistía la complejidad y la diversidad estética de otras literaturas que no practicaban el “realismo maravilloso”, y que por lo tanto crecían en relativo silencio a la sombra del Gran Árbol cuya fronda se tornaba cada vez más espesa y que se desarrollaba abonado tanto por el asombro de la metrópoli como por el entusiasmo del mercado. Pero ahora, después de varias décadas, cuando el árbol declina y sus hojas cubren caídas y agotadas el suelo de su propio otoño, no hace sino revelarse ante nuestros ojos en todo su esplendor aquella diversidad formal y estética que existía entre nosotros desde antes de producirse la hegemonía y que había quedado de pronto oculta o negada por la aplastante lógica del proceso.

Es cierto que la relación centro-periferia ha hecho estallido como consecuencia de la globalización, planetización e internacionalización del mercado y de la cultura, como también es cierto que Latinoamérica es un lugar donde la heterogeneidad estética del mundo llegó a nuestras manos como un calidoscópico, pedazo de pan del que todos comimos voraces y con el cual a veces nos indigestamos. Pero con el cual también nos nutrimos en medio de periódicas diarreas, y a través de cuya masa debimos incorporar, por la fuerza de las circunstancias y en medio de un severo sentimiento de inferioridad, toda la compleja diversidad del mundo, sin haber vivido la experiencia del siglo XVIII europeo y de una manera que resultó por completo asistemática y bastante caótica, como si se tratara de una gran "summa" atolondrada y sin eliminaciones. De modo que sobre la matriz mítica originaria vino a instalarse la actualidad y la contemporaneidad, sin que hubiéramos hecho a plenitud la modernidad. Pero eso es lo que somos y lo que representamos, como habitantes de un lugar del mundo un poco loco y despistado, en el cual la incoherencia terminó convirtiéndose en una virtud, donde todo coexiste con todo y donde al parecer Occidente se retuerce y redefine. Mucho más ahora, cuando ha quedado relativamente claro que la heterogeneidad y la contradicción interior no es un defecto del espíritu; en épocas en que la denominada crisis de lo moderno o "postmodernidad" se expresan como un quebranto de la hegemonía de la Razón y a la vez como un declive de las exigencias de coherencia que la modernidad solía formular al mundo como "totalidad" que se suponía cubierta de sentido.

Quizás, por todo lo anterior, la causa principal de nuestra actual diversidad literaria, tal como en nuestros días se observa, no es tanto la globalización y la internacionalización de la que con justicia se habla y que ha hecho estallar la relación entre la periferia y el centro, sino más bien el declive de la gran sombra aglutinante y hegemónica del "realismo maravilloso", que durante décadas actuó, quizás sin proponérselo, como fórmula emblemática literaria de nuestro continente, y que en su hegemonía no dejó ver la globalización y la internacionalización de nuestra literatura y de nuestras propuestas estéticas, que ya existían desde mucho antes de que estos términos se pusieran de moda.

En mi caso personal, ando en busca de la conquista formal por la vía de la agonía del estilo. Leo a ciertos escritores latinoamericanos, cuyas obras llegan a mis manos con relativa dificultad y siento que lo que me une a ellos no es tanto la especificidad de sus filiaciones latinoamericanas sino más bien lo universal, que percibo en sus exploraciones acerca de la existencia y de la condición humanas. Me conmueven las afinidades más íntimas y secretas, que derivan no exactamente de nuestra condición de seres humanos que cargamos para donde vamos con la cicatriz siempre fresca de saber que avanzamos hacia la desaparición y la muerte. Me conmueve también la afinidad que siento como una común agonía del oficio, que en realidad no es un oficio sino una condena, cuando percibo entre las palabras que chillan

retorcidas y los mecanismos de relojería del lenguaje las tribulaciones comunes de unos compañeros de viaje que sólo buscan al parecer el no olvido y la piedad y misericordia del mundo, y todo ello mediante el transitorio sosiego que depara la conquista formal y el trabajo al límite con las palabras y la confrontación con lo inefable, que coquetea en el borde del lenguaje pero al final de todos modos huye. Pero éstas no son precisamente características de la especificidad latinoamericana sino características de todo tipo de literatura que se respete, en cualquier parte del mundo y en cualquier tiempo. En síntesis, pienso que lo que se conoció como "literatura latinoamericana" no fue sino un paquete de obras de comportamiento exitoso en el mercado, consagradas por la metrópoli, de calidad indiscutible pero expresivas sólo de un modo muy específico y parcial de narrar y de representarse el mundo, que dejaba por fuera y en el margen otras literaturas que se separaban de la lógica del éxito y que no cultivaban una prosa para el gusto sino más bien orientada a la conquista formal y del estilo. Y es toda esta complejidad la que ahora se observa como un brote de hojas frescas, salido del declive de lo que antes ejercía su más absoluta hegemonía.

MARIA ESTHER DE MIGUEL

(Argentina)

1) Si esta pregunta me hubiera sido formulada una o dos décadas atrás, esto cierta de que hubiera podido responderles con conocimiento más o menos profundo acerca de las prácticas y los nombres que circulaban, entonces, por el espacio literario latinoamericano. El boom -llegado, ciertamente, vía países centrales- nos alertaba y ponía en autos sobre los trabajos y los días y autores y obras y movimientos. Pero en estos tiempos, y para ser sincera, aún en desmedro de mi personal y magullada dignidad-, debo confesar que desconozco a las últimas generaciones de escritores y a las producciones literarias de países latinoamericanos (salvo, sin duda, Chile y Uruguay). (Debo advertirles, como dato casi doméstico, que , en nuestra tarea para la organización anual de la Feria del Libro, nos hemos encontrado con el problema de nombres ofrecidos -por Embajadas, o entidades-, que no podemos aceptar por ser desconocidos para el público). Conocemos aquellos que llegan vía centro: Europa o Estados Unidos.

2) Hija de "Figuritas", "El tesoro de la Juventud" y Faulkner, mi creación literaria ha sido siempre "flor de ceibo". Quiero decir: ha tenido que ver con entorno y circunstancias personales. Sin duda, en ella habrá rastros de mis múltiples y desordenadas lecturas (siempre vía libros traducidos), en cuanto a las voces con que digo mis historias. Sospecho que, en estos momentos, mis temas pueden ingresar en el contexto de tendencias que se advierten también en otros ámbitos.

MEMPO GIARDINELLI*(Argentina)*

1) Si entendí bien tan compleja pregunta, yo diría que la escritura siempre hace visibles las marcas de los tiempos en que se produce. Por eso, en mi opinión, la escritura argentina de los '90 es coherente -a la luz de las conductas mafiosas del establishment literario y académico- con el estado penoso en que se encuentra nuestra sociedad. Y por eso mismo no me parece que lo canonizado por dicho establishment sea representativo del verdadero estado de la narrativa argentina.

Consecuentemente, no me parece que la escritura canonizada en la Argentina pueda ser "interpretada como una revisión y elaboración de las identidades nacionales, regionales, étnicas, de género o continentales".

Para nada: más bien creo que lo canonizado en la literatura argentina demuestra el atraso y la cerrazón de nuestro país, y sobre todo la vocación endogámica porteña. Basta considerar que la narrativa latinoamericana que se lee y se estudia aquí sigue detenida en los 60 y 70. Aquí no se conoce ni lee -por citar algunos casos- a Agustín, Puga o Boullosa (de México); Triviño, Espinosa o Moreno-Durán (de Colombia); Policastro, Noguera o Torres (de Venezuela); Del Río, Díaz Eterovic o Barros (de Chile); Courtoisie, de Mattos o Buttazzoni (de Uruguay), y tantos y tantos más, decenas de escritores y escritoras que *son* la literatura latinoamericana de los '90. En este marco no digo "creo", sino que estoy seguro, de que estoy bastante afuera de semejante canon. Para el mundillo académico argentino todo se reduce a los dos o tres nombres de moda que todo el mundo cita mientras sigue ignorando a Filloy y Gorodischer, a Soriano y Jamilis, a Aparicio y Morán, por citar sólo algunos grandes escritores argentinos que el canon desprecia. Ha de ser por eso que mi producción es leída, considerada y estudiada fuera de la Argentina.

2) En la medida en que en la Argentina se sigue aceptando tan mansamente el triunfo de la globalización, esas relaciones centro-periferia de hecho no son tales. Cuando la colonización se impone como se impone aquí, no hay "relaciones" sino obediencias. O en todo caso, la relación *es* la obediencia. El concepto de "globalización" es la forma verbal contemporánea de la dominación del capitalismo real y salvaje, y es una variante de la misma vocación y actitud imperial que en otros siglos y milenios tuvieron Roma, España o Inglaterra. Se pretende que se acaban las naciones, que el mundo es una "aldea global" y que desaparecerán las fronteras. No hay imperio en la Historia que no haya pretendido lo mismo. Pero en la capital imperial son cada vez más nacionalistas y cada vez más hábiles e implacables en la imposición de un discurso supuesta y mentirosamente homogeneizador y democrático. En ese marco, rechazo la cordialidad de la mansedumbre y pienso que las relaciones son y seguirán siendo (espero) conflictivas y de resistencia. Por eso, hace años que sostengo que escribir y hacer cultura, en nuestros países, son

verdaderos actos de resistencia.

La única posibilidad de sobrevivencia de nuestra literatura, por lo tanto, está en el rechazo de la globalización, en continuar ejercitando nuestra disconformidad y en subrayar nuestra diferencia tanto en los textos como en los contextos. Y pienso que esto es lo que explica que sean tan malas las que ustedes llaman "relaciones centro-periferia". Entre Buenos Aires y el interior hay un abismo gravísimo: la cultura porteña está tan distraída que no lo ve, y el resentimiento provinciano es tan grande que tampoco lo ve. Y entre otras cosas es por eso que la Argentina es hoy un país metido en un camino de disolución que urge revertir. Por otra parte, entre Argentina y Latinoamérica existe el abismo que señalé en la respuesta anterior: somos un país que todavía goza del enorme prestigio cultural de décadas atrás, pero cuyo presente es cada vez más patético, por necio y autosuficiente. Y las relaciones Latinoamérica-Europa, seamos francos, hoy no pasan por la literatura argentina sino por las de España y México, y aún por los Estados Unidos. Yo diría que estamos afuera, aunque algunos compatriotas se sientan reconocidos por Europa y estén tan cholulamente felices por el hecho de que un escritor nacido en Córdoba que abandonó nuestra lengua, ahora integra -por eso- la academia francesa.

ANGELICA GORODISCHER

(Argentina)

1) No tengo la menor idea de si se está modificando o no; supongo que si se modifica, me voy a enterar dentro de algún tiempo. Por ahora les transcribo algo que dije en el prólogo de un libro que compilé para la Universidad de Puerto Rico en 1994 y que tenía textos de escritoras de América Latina:

"Pero, ¿es que existe América Latina? En Colorado, al pie de las Rocosas, parecía existir solamente en los papeles y precisamente, en las palabras... más allá, con correos que funcionan mal o no funcionan, teléfonos que no funcionan de ninguna manera, la más fea cara del medioevo asomando en el cólera, milicos agazapados, corrupción, censura, machismo, mortalidad infantil, riqueza mal distribuida, atraso y retraso, a un lado del territorio dibujado en los mapas, sobrevolado con la mirada, enseñado y aprendido en las escuelas, marcado por la sangre y el exilio, existen muchas Américas que cuando se funden en una sola como las luces estroboscópicas de las discos, exigen las manos sobre los ojos para no ver, la música estridente para no oír, la nariz y la boca cerradas, la cabeza inclinada. Insoportable como la realidad que cubrimos con metáforas, está ahí y tratamos de ver sólo el pedacito en el que vivimos porque lucidez y locura, quien sabe, llegarán a ser una misma cosa al fondo de los cañones, en las pampas sin horizonte, en las selvas taladas. ¿Qué tienen que ver finalmente, nos decimos al unísono de los periódicos y la publicidad en la

televisión, el cuerpo de una américa horadada por las favelas con el cuerpo de una América vestida de dorado en los grandes hoteles dorados de las costas doradas mientras se oculta un sol dorado en los ventanales dorados del casino dorado? ¿Qué, la sangre de la tortura con la tortura del exilio?, ¿dónde y cuándo tantas contradicciones pueden traernos un poco de tranquilidad a la vista de fachadas francesas, limusinas, salones vip, cursos para aprender a recibir, guantes blancos para servir la mesa?, ¿hay un sello, un rasgo, una virtud, un aire aunque sea, la sombra de un gesto o de una inflexión que nos hermane de Buenos Aires a Bogotá, de Lima a Río de Janeiro, de la Patagonia a las arenas de los piratas, de la costa turbulenta a la siembra de islas en el Caribe? A todas y a todos quiero decir: del dorado al rojo, para reconocer una misma pertenencia sin lugar a dudas y sin dudas en la decisión de llamarnos y/o de oírnos. Demasiadas preguntas y cuando las preguntas cansan y las respuestas no existen o son innumerables que viene a ser lo mismo, hay maneras y maneras de salir de una trampa de ladrillo/adobe/caña y multiplicación de palabras y explicaciones... me gusta pensar que si bien hay muchas puertas que pueden/deben ser abiertas para salir de la trampa, esta es la privilegiada, la de la palabra."

Vale decir que no creo que el fenómeno de globalización, si es que el nombre es adecuado, que lo dudo, haga de rasero. También creo que el fenómeno centro-periferia ha dejado de existir. Por lo menos con respecto a Europa. Siempre hay un centro, que ejecuta a su periferia. A veces esa periferia se vuelve centro y empezamos de nuevo. pero siempre, claro, lo marginal es productivo. Creo que no hay manera de globalizar las expresiones literarias. Finalmente lo que cuenta es lo que una ama, de Rosario a Caracas, y eso de lo que una se va a acordar en el momento de la muerte: no va a ser lo mismo para mí que para Denzil Romero.

2) En general no pienso nada porque sostengo que ahí por lo menos, más vale no pensar. Hay que escribir en estado de inocencia, decía Borges. Pero si me hacen pensar digo que por suerte yo no tengo nada que ver con nadie y menos con tendencias vade retro. No practico el realismo mágico gracias sean dadas al Señor y a toda su corte celestial. Ni el realismo socialista, horror, ni ningún otro realismo, y ya que estamos los ismos me tienen sin cuidado y viva la anarquía y escribo lo que se me canta en el quinto forro de los ovarios y si HAY que escribir sobre el Che o sobre Evita lo siento pero que se encargue otra u otro. No estoy fanfarroneando. No sé si lo que hago es virtud o vicio. Y tampoco me importa. Vine a este mundo a contar cosas. Si alguien descubre alguna vez que lo que escribo va en ésta u otra dirección, pues bien, quizá eso sea útil, pero a mí que no me vengán con macanas. Cuando quise escribir policiales, escribí. Me salían bastante mal, para que nos vamos a engañar. Cuando quise escribir cf escribir. Me salía de rechupete, no porque fuera genial sino porque a mí me gustaba. Y después escribí esa cosa que no se sabe muy

bien lo que es, pero que le fascina a mi alma inmortal.

Punto y aparte, leo cada vez más ensayos y sobre todo sociología, historia, política y aunque parezca mentira, economía y física. No sé muy bien lo que me pasa pero me acuerdo de cuando me enamoré de Aldous Huxley, no se asusten, hace muuuucho tiempo, y me digo que está bien. Y creo que eso es todo.

LILIANA HEKER

(Argentina)

1) Si se me perdona una primera aproximación no demasiado ortodoxa diré que la expresión que se usa en la encuesta - "globalización massmediática"- es de una fealdad y una opacidad tan rotundas que, por virtud propia, aparece nítidamente desvinculada de la literatura. Un escritor, de Latinoamérica o de donde fuese, persigue el lenguaje, lo quebranta y lo exalta y lo moldea, le busca las posibles resonancias y texturas, a fin de que diga algo más allá de lo obvio. "Globalización massmediática dice lo obvio -lo superficial- y lo dice feo, cosa que, de algún modo, ratifica una impresión que tuve la primera vez al leer la encuesta: la primera pregunta parece ignorar la singularidad de la literatura. Da la impresión de referirse a otra cosa.

Dejando de lado lo estilístico (que considero revelador) y yendo a la pregunta en sí: hay que tener en cuenta que los escritores latinoamericanos y, más ampliamente, los lectores latinoamericanos de literatura, constituyen un grupo restringido y específico. Ese grupo siempre estuvo ligado a la producción literaria y a las obras de pensamiento europeos: no hay más que pensar en la influencia que las literaturas francesa e inglesa tuvieron sobre los hombres de Mayo, o en cuáles fueron -Poe, Maupassant, Chejov, Kipling- los maestros literarios de Horacio Quiroga, no hay más que pensar en Carpentier, no hay más que pensar en Borges. Los libros de Europa han pesado desde siempre sobre los lectores de América, del mismo modo que el modernismo de la poesía americana irrumpió sin cortesías en la poesía española, o los novelistas del boom fueron catapultados a la fama desde Barcelona y desde París. No hacía falta una "globalización massmediática" para que dialogaran entre sí los miembros de la pequeña familia de amantes de la literatura. Si un fenómeno se ha verificado en los últimos tiempos es el del empobrecimiento de ese diálogo. Puesto que las leyes del mercado, y otras cuestiones afines, han ido restando peso a lo intelectual y a lo artístico, el grupo de los lectores genuinos (en el que incluyo a los escritores) se ha vuelto cada vez más pequeño y más silencioso.

En cuanto a si la relación centro-periferia puede ahora carecer de sentido, decididamente no: pese a los avances de las comunicaciones, las condiciones sociales e históricas de Latinoamérica y de Europa siguen siendo bien diferentes entre sí. Y puesto que un escritor, un intelectual, se supone un individuo lúcido, capaz de leer

más allá del discurso dominante, es difícil que deje de advertir que, en los hechos, siguen existiendo razones suficientes como para que los países latinoamericanos sean todavía, y por largo tiempo, periféricos.

2) Soy incapaz de ubicar mi escritura en el contexto de la producción de los otros escritores latinoamericanos, por la sencilla razón de que, salvo excepciones, desconozco el trabajo que mis contemporáneos están realizando en Colombia, o en Perú, o en Guatemala, o en Cuba, ignoro los movimientos, los debates, las transformaciones que están ocurriendo en cada país de Latinoamérica. Existe la casi imposibilidad, para buena parte de los creadores latinoamericanos, de ser conocidos fuera de sus países, y no por falta de excelencia: más bien por una lamentable -y coherente- política cultural. Solo unas pocas obras producidas en unos pocos países tienen difusión suficiente como para ser leídas fuera de los límites nacionales. Por lo tanto no existe -o no puede advertirse- una urdimbre constituida por las distintas producciones latinoamericanas; no hay hechos que nos permitan sentirnos parte de esa urdimbre y apreciar las distintas voces, las recurrencias, las rupturas que se verifican. Cada literatura nacional aparece como aislada, cerrada sobre sí misma. En estas condiciones, "Literatura Latinoamericana", más que la denominación de una totalidad, es la máscara de una inexistencia. O una sinécdoque.

GLORIA LENARDON

(Argentina)

1) Pese a la globalización massmediática el desequilibrio en el juego de fuerzas marca condiciones de producción. Europa no puede sentir seguridad de marcar el punto. Si la producción literaria trata solamente procesos estéticos probablemente no podría hablarse ya de regiones. No es así si se tiene en cuenta el lugar desde donde se produce. Situada, la literatura latinoamericana tendría que reflexionar sobre la desproporción. Rulfo -para nombrar uno de tantos- no esquivó hacerlo, sus personajes hablan y se mueven por México estando muertos. En Latinoamérica hablar y moverse no significa estar vivo.

2) Más allá de las tendencias, no me gusta escribir en un lugar ciego. Tengo una ventana y una puerta, ambas abren a un sitio del planeta, ese sitio es Latinoamérica. Latinoamérica tiene un paisaje: y no me refiero a los papagayos. No es necesaria una intención explícita, basta con no traicionar lo que se mire. Como dijo Montale, el poeta no está obligado a escribir "versos políticos".

MARIA ROSA LOJO*(Argentina)*

1) Creo que siguen existiendo centros y periferias. Europa es un centro de poder cultural y económico. Lo mismo Estados Unidos, aunque la cultura que exporta e impone no es la tradicional (literaria, plástica) sino sobre todo la massmediática y gastronómico-simbólica (Coca Cola y Macdonalds). Somos periféricos con respecto a estos centros en el mapa sociopolítico: podemos menos y gastamos menos. Creamos, sí, pero vendemos peor nuestra creación. La globalización nos afecta en otro sentido: las noticias llegan más rápido, las modas también. Podemos ver al mismo tiempo el mismo horrible programa de televisión aquí y en USA. El cine tarda algo más. Para disfrutar a Eva Perón disfrazada de Madonna tuvimos que esperar un poco.

Ahora bien, creo, por otra parte, que en este horizonte globalizado (donde es o parece igual pero unos son más iguales que otros) existen, paradójicamente, búsquedas identitarias bastante profundas, donde lo que es periférico para los centros de poder asume el carácter de atracción nuclear para la propia perspectiva del periférico. Por ejemplo, el movimiento de "nueva novela histórica" que se está dando en la Argentina de esta última década. Estamos mirándonos en el espejo de una manera intensa y compleja. Esto también ocurre en Europa, pero aquí tiene una inflexión especial, específica, insustituible, que apunta a revisar los problemas básicos de nuestra constitución como región, como nación, como país; que apunta a refigurar y comprender nuestros fantasmas y nuestros deseos, nuestra identidad nómada, que será siempre un problema y en cierto modo, una discutible y discutida meta, no un punto de partida.

2) Creo que mi práctica literaria actual responde al signo de los tiempos. La Pasión de los Nómades se inscribe plenamente en la nueva novela histórica, en los cuestionamientos, torsiones y reversiones de la historiografía tradicional que ella implica. En otros países de Latinoamérica, no en todos, se trabaja hoy día en el mismo sentido. Hallo más dificultades en cambio, con otro libro mío que aún está inédito, y que se sitúa deliberadamente en un marco de escritura marginal: el de la ciencia ficción. La problemática de fondo, sin embargo, es la misma: la discusión de la dicotomía civilización/barbarie, la puesta en escena de la globalización planetaria y algunas de sus posibles -y más o menos aterradoras- proyecciones.

MABEL PAGANO*(Argentina)*

1) No estoy de acuerdo en que se esté modificando la producción literaria actual de

las distintas regiones de Latinoamérica con respecto al fenómeno de la globalización. Creo que nuestra América continúa teniendo, a través de sus grandes escritores, todos muy representativos del sitio en que han nacido, una identidad muy definida, que continuará manteniendo, más allá de cualquier contingencia. Latinoamérica es un continente tan especial, tan rico en expresiones culturales, que sus escritores tendrán siempre fuente para su inspiración, con sólo volver los ojos “fronteras adentro”. Asimismo, sus desdichas, repetidas y al parecer insuperables, tampoco dejarán que los autores que han nacido en ella puedan modificar sus obras. Que sus escritos tengan o no la misma repercusión en Europa, eso ya es otra historia. Posiblemente no se repita lo que se dio en llamar “el boom” del realismo mágico. (De paso, debemos recordar que esta definición se la debemos a los europeos, ya que para nosotros, lo que cuenta, por ejemplo, el principal cultor del género, Gabriel García Márquez, no nos resulta demasiado “mágico”, sino, simplemente, un reflejo literario de la cruel realidad, ésa que siempre, desde su descubrimiento, ha imperado en estas latitudes). Bien, volviendo al tema, si no se logra tanta trascendencia con trabajos actuales, la identidad no pelagra ni se modifica, y eso lo demuestran recientes obras (*La mujer habitada*, de Gioconda Belli, por ejemplo o las novelas de Laura Esquivel y Angeles Mastretta), donde está reflejada muy fuerte la problemática política o intimista -tanto actual como pasada- de Latinoamérica. Eso en lo referido a escritores “de afuera”. En lo que hace específicamente a los nuestros, si bien se ha notado cierto “escapismo” y alguna negación de la memoria en lo que hace a nuestras más recientes tragedias en los últimos libros aparecidos, hay, en cambio, otros autores que siguen comprometidos con la Argentina. Desgraciadamente, la frivolidad siempre gana los espacios y “las ramas no dejan ver el bosque”. Pero más allá de libros escandalosos, de historias que no nos son propias, de textos que, claramente, responden a lo que algunas editoriales llaman “negocio”, insisto en que hay muchos escritorios que trabajan para continuar sosteniendo que aquí nadie olvida y que no todos somos ciegos o buscadores de éxitos inmediatos.

2) (...) Mis temas son, cuando no históricos (en cuyo caso me aboco prolija y concienzudamente a la investigación), cotidianos. Mis personajes, salvo alguna que otra sección, son profundamente argentinos y viven y sufren nuestra realidad. Nunca he seguido la tendencia de otros escritores, si bien hay algunos a los que admiro profundamente: Haroldo Conti y Marta Lynch, por ejemplo y solo por citar alguno. Creo que en materia literaria, cada uno debe seguir sus mandatos interiores y responder a su verdadera esencia. Ya alguien lo dijo: muestra tu pueblo y mostrarás el mundo. Esa es mi regla. Por distintas razones, he tenido que bajar muchas veces la cabeza a lo largo de mi vida, pero nunca lo hice con la literatura que es mi amor, el único que nunca he visto decaer, sino todo lo contrario. no me preocupan las tendencias ni las modas. Sí expresar las cosas que siento yo y que sienten otras

personas. Me conmueve cuando alguien se identifica con lo que escribo. Quiere decir que me entendió.

GLORIA PAMPILLO

(Argentina)

1) Creo que la relación centro-periferia se ha vuelto en las últimas décadas más aguda a partir de la nueva conquista de América que están realizando los grandes holdings editoriales españoles. En los últimos años, ese centro nos ve sobre todo como potenciales lectores y no le interesamos en absoluto como escritores. El centro-Europa ha querido hacernos deglutir y también convencernos de la excelencia de toda clase de productos sospechosos: la nueva narrativa española, Antonio Tabucchi, la nueva narrativa inglesa. La producción latinoamericana que vehiculiza el mercado europeo es la menos interesante. Me irrita especialmente que sean las escritoras como Ángeles Mastreta, Isabel Allende o la Esquivel sus preferidas. Existen editoriales pequeñas o independientes que conforman sus fondos editoriales con autores de verdadero valor, que muchas veces rescatan del olvido, como Nina Berberova o los libros de relatos de Isak Dinesen: son los menos. Ninguna de ellas rescata autores latinoamericanos. Este mercado impone además una característica perversa: la desaparición veloz de las obras. Ni siquiera hablo de nuevos autores: ya no se puede hallar, por ejemplo, en Buenos Aires, la trilogía de John Berger. Aunque es difícil circunscribir los efectos de la globalización massmediática, lo que sí me parece evidente es que no va a romper ninguna hegemonía en cuanto su dominio se encuentra en las mismas manos.

2) En cuanto a mi práctica literaria creo que se encuentra, si no determinada, por lo menos sí fuertemente condicionada por el lugar desde donde escribo. En este momento, por ejemplo, no puedo dejar de escribir sobre este país en el final del menemismo. En cuanto a mi manera de leer y de reflexionar sobre la literatura, aunque parezca una perogrullada, está absolutamente marcada por mi práctica de escritora. No leo como crítica, lo cual equivale a decir que mis lecturas son mucho más arbitrarias en el sentido de que leo lo que en un momento dado comienza a relacionarse fuertemente, por su práctica o por su sentido, con los proyectos que voy encarando, o, también, porque realizo un aprendizaje que muchas veces contradice mis tendencias anteriores. Nunca pienso mi práctica, en el contexto actual de tendencias de otros escritores latinoamericanos. Los de las generaciones anteriores, como los del llamado boom, me abrieron en su momento la puerta de la literatura. Por una extraña razón, "los uruguayos": Quiroga, Felisberto, Onetti y sobre todo Armonía Sommers, son los escritores a quienes más respeto y admiro de

toda la literatura en habla hispana. En cuanto a los contemporáneos latinoamericanos, en gran medida los desconozco, y esto me hace sentir culpable, aunque debo decir a mi favor que no me encandilo para nada con los europeos contemporáneos, que vuelta a vuelta el mercado deposita en estas orillas.

Me doy cuenta de que en ninguna de las respuestas hablé sobre corrientes estéticas. Creo sencillamente que determinarlas es casi imposible en un contexto contemporáneo. No me animaría a llamar corrientes ni siquiera a las que se nominan en el país del norte como tales, por ejemplo el minimalismo a lo Carver o el realismo sucio. En ese sentido parecería que en esta parte de Latinoamérica que es la Argentina, la heterogeneidad que percibo personalmente impide una operación como esa.

RICARDO PIGLIA

(Argentina)

1) Yo no comparto la noción de *literatura latinoamericana* como un todo -lo cual no quiere decir que no use el término; tampoco coincido con la noción de *Estado*, pero tengo que usar la palabra *Estado* porque... si no, no podría vivir. Entonces, la noción de *literatura latinoamericana* es una noción que yo asimilo a una mirada europea y a la mirada de los Departamentos de Literatura Latinoamericana de los Estados Unidos que tienden a unificar heterogeneidades y tradiciones culturales muy diversas. El modo en que yo reflexiono y elaboro esta multiplicidad, e incluso el modo en que enseño esta cuestión -de hecho yo enseño literatura hispanoamericana en EE.UU.- es pensando en áreas culturales con tradiciones propias y diferencias muy marcadas; y que me parece que sería muy interesante y productivo que en un futuro no muy lejano podamos desarmar esa estructura tan global y empezar a trabajar con la idea de la literatura del Caribe, la literatura Andina, la literatura del Río de la Plata... ; empezar a discutir -porque sobre esto no tenemos sino primeras hipótesis- cuáles serían las áreas culturales que tienen una tradición propia o lo suficientemente fuerte como para que puedan ser consideradas regiones con tradiciones culturales específicas. Para mí es muy claro que la experiencia del mundo prehispánico, la experiencia de colonización y poscolonización, desde el siglo XV -digamos- hasta el presente, es la que define este debate, por lo menos en Latinoamérica. Quiero decir, por un lado, que existieron formas que, de un modo un poco abusivo, nosotros podemos llamar 'literarias' en la tradición prehispánica (porque pareciera que mantienen las formas religiosas de utilización del lenguaje), y que nosotros podemos adscribir a tradiciones literarias posteriores, y podemos considerarlas antecedentes de nuestras propias prácticas. Y, al mismo tiempo, penar qué tipo de influencias tuvieron esas tradiciones anteriores y de qué manera funcionó la presencia del mundo colonial en distintas áreas de América Latina.

Por ese lado pienso que México, el Caribe, la zona Andina -incaica, digamos- la zona del Río de la Plata y la zona Afro de Brasil, en principio, definen espacios muy diferenciados, y sería muy beneficioso que atomizáramos ese concepto de literatura latinoamericana y empezáramos a pensar y discutir ese campo en términos de áreas distintas.

Este problema -que se viene arrastrando desde hace mucho tiempo, y que más que pensar en la continuidad y en los elementos comunes piensa en las diferencias- se divide y se define de un modo específico en el mundo actual, en el mundo de la crisis de los estados nacionales y en el mundo de lo que se llama la globalización, donde básicamente lo que estamos percibiendo es una tensión entre la pretensión de una literatura mundial y las literaturas regionales; entre la construcción de un mercado mundial para la literatura y el arte, con un cierto tipo de marcas formales y de recepción -definidas básicamente por EE.UU. que tiene el inglés como lengua madre y como factor dominante- que crean la ilusión de una literatura mundial en la cual ciertos géneros, que nosotros admiramos mucho, tienden a cristalizar (como es el caso de la ciencia ficción...) y tienden a hacernos creer que realmente existe una literatura mundial... la tensión entre esa literatura mundial y las literaturas regionales, la existencia de universos locales, mundos situados... de escritores que han hecho de la relación con una región determinada el espacio de desarrollo de su obra, como es el caso de Pavese con Piamonte, o el caso de Faulkner con el sur de los EE.UU., o el caso de Saer con Santa Fe, de James con Dublin, de Borges con los barrios del sur de la ciudad. Estos escritores parecen haber saltado la mediación nacional, como si no hubieran tenido en cuenta la existencia de lo nacional y hubieran pasado de la región al mundo. Como si Faulkner hubiera trabajado, por un lado, una experiencia regional muy particular como es la de la crisis de los valores tradicionales del sur y, a la vez, se hubiera conectado con las vanguardias modernas, de lo que podríamos considerar una versión mundial de la literatura, como podría ser Joyce, el surrealismo... O el caso de Saer, que por un lado cuenta una historia que sucede alrededor de Colastiné y de Santa Fe y, al mismo tiempo, está ligado al *nouveau roman*, etc. sin que él mismo se considere un autor argentino, más bien pareciera que se considera un autor santafesino.

Entonces, el concepto de literatura latinoamericana es un concepto que yo pongo en cuestión y, en el marco de los debates actuales, me parece que esa crisis se agudiza; me parece que cada vez más los escritores actuales estamos ligados a realidades menores, más locales... que, en mi caso, pueden ser Adrogué, Bolívar, ciertos recorridos de la ciudad de Buenos Aires y, por lo tanto, decir *argentino* es decirlo en el sentido más metafórico, porque qué tengo que ver yo con lo que escriben Tizón o Puig; tengo más que ver con Pynchon que con Aroldo Conti. Es decir, hay una tensión entre cierta circulación general y cierto elemento local.

2) Yo tengo mucho interés por las escrituras que se hacen en nuestra lengua. Podría decirse que uno tiene que tratar de leer básicamente en la lengua en la que escribe, si bien yo leo en francés y en inglés y estoy muy interesado por literaturas extranjeras, se podría decir que lucho por no estar todo el tiempo leyendo literatura norteamericana, insisto mucho en mantener un espacio de lectura ligado a la lengua en la que escribo y por lo tanto estoy siempre muy atento a la aparición de escritores que me interesen, no solo por la lengua en la que escriben, sino porque me parecen importantes como escritores. Dentro de lo que es posible estoy muy atento e interesado en ciertas escrituras que se están haciendo en este momento en América Latina, como pueden ser, no ya los grandes tíos como Rulfo, Onetti, Guimarães Rosa, sino más próximos, como el caso de Clarice Lispector, José Emilio Pacheco en México, de escritores argentinos... obviamente Saer, vale decir que estoy interesado por estar en conexión con lo que se está escribiendo en mi propia lengua. Leo también escritores españoles, como Javier Marías y trato de no leer solamente escritores de otra lengua. Y a la vez encuentro, en la lectura de escritores, llamémoslos latinoamericanos, una distancia en relación a mi propia lengua que es lo que hace interesante esa lectura, una distancia que encuentro cuando leo a José Agustín, que es un mexicano, que se me hace más nítida que cuando leo, por ejemplo a alguien en una traducción. De modo que la experiencia de lectura de textos latinoamericanos es básicamente una experiencia de lectura en el interior de la lengua en la que escribo. En ese campo es la poesía el punto central.

Estamos emparentados porque escribimos en estados diversos de una misma lengua, escribimos en estados diversos del español; eso hace interesante la riqueza y tradición de esa lengua que es desarrollada y funciona de distinto modo en escritores diversos, y es por ese motivo que estoy atento a lo que se está escribiendo en español... Ahora estoy leyendo un escritor ecuatoriano, muy bueno, Javier Vasconez, que me envió un libro; esto da cuenta de hasta qué punto estamos aislados, parece una situación del siglo XIX: no es el mercado lo que nos une, el mercado nos separa; lo que nos une es la literatura. Muchos escritores nos mantenemos en comunicación porque estamos todos muy atentos a ver qué es lo que se está escribiendo más allá de las modas y de la superficie del mercado... qué gente realmente está interesada en hacer una literatura que escape al cliché.. y entonces me encuentro alguna sorpresa, como la de este escritor, del mismo modo en que él se habrá sentido sorprendido cuando leyó el libro mío; yo me sorprendo cuando leo a Lidia Vega, que es una escritora portorriqueña... Me parece que la conexión que establecemos entre nosotros es una conexión de sociedad secreta. Lo que el mercado nos dice es lo que ya sabemos: nos dice que la literatura latinoamericana es Vargas Llosa o García Márquez.

Yo no sé si los conceptos de literatura nacional o identidad no nos sirven, sino que están en crisis. Hay algo que decía Horacio González, que yo comparto: aunque

sea por la carga metafórica que encierra la palabra Argentina, y por su tradición, y por todo lo que esa palabra supone, sería bueno que no perdiéramos esa tradición.

Si bien el concepto de nación está en crisis por motivos que no debemos atribuir a una decisión de los intelectuales, más allá de que haya existido una tradición de los intelectuales, que -diría- nos hemos opuesto al concepto de nación... porque no solamente han sido los anarquistas y hombres como Macedonio Fernández y Almafuerte y Horacio Quiroga los que han dicho *mueran las fronteras, viva la patria del mundo*; es decir, todas esas viejas consignas y luchas de los viejos anarquistas, que se han opuesto siempre a la idea de los cerramientos nacionales y que han propugnado conceptos que excedieran los límites políticos de la nación. Paradójicamente, nos hemos encontrado con que ha sido el capitalismo el que ha desarmado las estructuras de los estados nacionales, y ha sido el flujo del capital el que ha desarmado las organizaciones del siglo XIX centradas, básicamente, en unidades políticas que iban más allá de la coherencia étnica o lingüística. La *Nación* es una imposición territorial que el Estado hace a una serie de etnias y lenguajes que son obligados a aceptar una unidad que muchas veces no sienten propia. No hay que alejarse mucho para encontrar esa situación en la cultura argentina donde era muy común que un entrerriano o un correntino se sintiera mucho más entrerriano o correntino que argentino y considerara que ser argentino era una cosa rarísima, que ni si quiera formaba parte de su sistema; y creo que en la gauchesca hay mucho de eso y que si uno lee con cuidado la literatura del siglo XIX encuentra ya los signos de lo que supone la imposición del Estado. Sin embargo, no ha sido la lucha de los anarquistas y de los escritores que mal o bien siempre hemos hecho chistes y hemos estado en contra de la idea de que existan las fronteras, ha sido el capitalismo el que ha terminado por imponer, por publicitar esta idea de que las naciones ya no existen... entonces hay que desconfiar. Si insisten tanto en que las naciones no existen, por ahí parece que es el momento de defenderlas; es lo mismo que con el Estado: nosotros nos hemos pasado la vida diciendo que estamos contra el Estado; estamos contra la policía, estamos contra el Estado porque estamos en contra de los sistemas del Estado que son usados para oprimir a la gente. Mientras que, cuando ellos dicen que están en contra del Estado, están en contra del Estado pero como protector social y como mediador en los conflictos sociales... Y yo muchas veces tengo ganas de intervenir en los debates sobre la necesidad de terminar con Estado y decirles: y bueno, pero no se olviden también de terminar con el ejército, con la bandera, con la policía. Porque cuando ellos dicen *hay que terminar con el Estado y mínimo de Estado*, dicen algo distinto de lo que nosotros dijimos. Me parece que con la Nación pasa lo mismo. Pero más allá de lo que nosotros pensemos, es cierto que el concepto de Nación es un concepto que está en crisis y es cierto que la identidad nacional, como tal, es una condición y es muy posible imaginar que se va disolver; no sé si disolver, pero que se va a encontrar mucho campo para perder el carácter firme que tiene.

Los escritores entendemos Nación como Tradición, escribimos en el interior de una tradición, escribimos porque escribieron Hernández, Sarmiento... no escribimos solamente porque escribió Joyce, no estamos en el aire perdidos y decimos nos gusta Joyce y nos gusta Faulkner y nos gusta Marcel Proust. Nos gustan Joyce y Faulkner porque tratamos de ponerlos en el interior de una tradición donde existen José Hernández y Estanilao del Campo y Roberto Arlt y Borges. Es distinto tener una tradición que no tenerla. Entonces, la destrucción del Estado, de la Nación supone, me parece, desde el punto de vista del capitalismo triunfante, la destrucción de la tradición que es, para nosotros, un contexto de lectura que nos permite no psicotizarnos en relación al conjunto de la cultura, porque si no ¿cómo hacemos? Si no la leemos desde algún lugar: ¿cómo nos movemos? Entonces, nosotros la leemos desde un lugar, la leemos porque decimos: bueno, los tenemos a Macendonio Fernández, a Arlt, lo tenemos a Borges, a Mansilla, entonces, es desde ahí que leemos a Becquett. Por lo tanto, creo que no se puede ser un escritor si no se tiene una tradición, y que las tradiciones son campos de lucha y que el campo nacional es un campo de debate, que hay muchas tradiciones y no una sola; pero la Nación es, básicamente, para un escritor, un espacio, un contexto de lectura, un pasado, algo que nos hace pensar que no estamos solos frente al contexto de toda la literatura que se ha escrito, porque si no sería imposible escribir. Yo creo que es posible escribir, no ya porque haya escrito Dante, para nosotros los argentinos es posible escribir porque ha escrito... Roberto Arlt, y Arlt porque escribió Dostoievsky. Es decir, los conceptos de nación e identidad están mediados ahí por el concepto de tradición.

Las tradiciones son muy fluidas; la tradición no es un elemento estático. Los escritores llegan y establecen su propia tradición y releen el pasado y demás. Es en el campo de la tradición donde yo veo la presencia del debate sobre la identidad y sobre la nación en el plano de la literatura. Cuando digo tradición quiero decir ciertos usos de la lengua, ciertos registros estilísticos y sobre todo ciertos modos de leer que me parece que tienen que ver con lugares, posiciones. Me parece que Borges definió bien esto, ¿no?, en *El escritor argentino y la tradición*, en el sentido en que dice: la literatura nacional es una manera de leer, es una manera de apropiación. Al mismo tiempo, los conceptos de nación e identidad tienen que ver con lo que vos decís: se supone que han pasado algunas cosas, hay algunos héroes y algunos acontecimientos que en un sentido nos darían cédula de identidad.

Eso es, para mí, la tradición y la literatura nacional.

Un escritor no es argentino por que escriba una temática determinada, sino porque se supone que los argentinos leemos de una manera la tradición. Es decir, leemos entre dos lenguas... habría ciertas características que formarían el espacio, dentro del cual circula la literatura del Río de la Plata, que nos harían imaginar una posible tradición o inserción. El ejemplo que dio hoy Horacio González acerca de la tensión entre Macedonio, Shopenhauer y Hobbs es un ejemplo argentino bárbaro, clásico.

La cita, el uso, la ficcionalización de la relación con el maestro y todo ese tipo de sistemas me parece que forman parte de nuestra manera de manejarnos ¿no? No me parece que sea lo mismo para un mexicano, porque cuando uno lee un poco la tradición de ellos, lo que encuentra es que ellos dicen: somos los hijos de Quetzalcoatl...

En algunos lugares de América Latina hay tradiciones muy fuertes y muy constituidas, como el caso del Caribe o de la zona Andina. Tizón, por ejemplo, se siente más cerca de esa región que del Río de la Plata.

La globalización forma parte de la lógica de los hechos, en el sentido de que es una época histórica. Por ejemplo, cuando se inventó el teléfono la gente comenzó a comunicarse de una determinada manera, rompió un tipo de relación personal; cuando en Adrogué, en el 47, nos pusieron el teléfono, mi viejo iba a ver a los amigos, no podía hablar por teléfono, lo usaba para los negocios, no para hablar con un amigo...

Desde un punto de vista tenía razón... Nosotros podemos decir: nos oponemos a la globalización que supone que los amigos ahora se llaman por teléfono, pero a la vez es inevitable, él resistió todo lo que pudo pero cuánto tiempo más pudo permanecer así. En ese sentido, yo no estoy por el pasado, no me parece como dicen algunos que haya que decir *saquemos todos los televisores, cortemos los canales de cable, que la gente en lugar de usar tarjeta de crédito use la palabra dada*; entonces uno decía *te debo \$ 20* y estaba bien, ahora tengo que dar el número de tarjeta, el nombre... La sociedad genera determinados estados y se dan situaciones que no me parece que dependan de sujetos; hay que ver cómo se coloca uno ahí, porque me parece que hay como una demagogia... Es lo que dice Hegel del alma bella, la del tipo que se da a sí mismo una conciencia fantástica, que está -por ejemplo- en el supermercado o en el shopping, porque fue un domingo al shopping y dice: *no se puede venir al shopping, está lleno de gente*, pero él también fue. El alma bella es la del que cree que los demás hacen algo que él también hace, pero lo hace como si los demás fueran los únicos que lo hacen. Entonces yo digo: la gente que se opone a la globalización ¿cómo vive? Porque hay gente que se opone a la globalización, que cultiva el arcaísmo deliberado, y se va a vivir al campo y se cose la ropa y no manda los chicos a la escuela... pero en general estamos todos en la misma, es muy difícil resistirse a eso.

Ahora los escritores latinoamericanos nos encontramos más en los lugares de cruce: internet, e-mail, espacios nuevos de intercambio. En definitiva, para mí, el elemento de resistencia mayor es el de no escribir libros que reproduzcan la situación de globalización, que no estén escritos para el mercado mundial; yo creo que decir, por ejemplo, *voy a sacar esta palabra porque si la pongo no la van a entender en México o en España*, esa sí es una posición cínica, eso afecta la propia obra. Pero si uno escribió el libro que quiso escribir y después aparece en una serie, eso ya no depende de uno.

TERESA PORZECANSKI*(Uruguay)*

1) La globalización massmediática es absorbida en forma desigual por las diversas culturas/subculturas de América Latina, por lo que no puede pensarse en la “universalización” de la información y los modos de pensamiento de una manera inmediata. Más bien, acorde a las tendencias de una suerte de posmodernidad latinoamericana, los escritores comulgan con revisiones (en el sentido de visitar y revisar) la escritura de visibilidades no tenidas en cuenta antes: etnicidades (sus relaciones, conflictos internos, desidealizaciones), los universos simbólicos regionales (metropolitanos de “mafias” o subculturas transgresoras o ritualistas), las socialidades urbanas, las diferencias de género o sexualidad, y las revisiones ideológicas de las “historias épicas” ya canonizadas por la modernidad, que son revisiones menos estereotipadas de líderes y figuras políticas o mitológicas de peso en la elaboración de identidades nacionales, regionales, étnicas, de género o continentales.

2) La segunda pregunta ofrece mayores dificultades por la imposibilidad de ver mi escritura en el contexto más amplio (e incompleto, por mi escasez abarcativa en las lecturas) de lo que se está escribiendo. Diré que veo una diferencia inicial entre los escritores del boom, y aquéllos que nacimos en la segunda mitad del siglo. Los “posmodernos” (así me han llamado algunos analistas en USA) hacemos menos idealizaciones (¿simplificaciones?) de la “bondad”, “primitivismo”, “diversidad paradisíaca” y “folklore” latinoamericano en contraste con la racionalidad adusta y gris de la tradición europea, lo que sí era cierta característica del boom. En mi escritura no hay “realismo mágico” sino imaginación pura, simbolismo, indagación filosófica de la subjetividad, dentro de un paisaje urbano, rutinario, “occidental”, letárgico.

RODOLFO RABANAL*(Argentina)*

1) Probablemente no haya manera de saber si existe algo que podríamos llamar una Literatura Latinoamericana. Supongo que sería muy aventurado afirmarlo, sobre todo en tiempos como éstos, tan ocupados en cosas que nada o muy poco tienen que ver con la literatura y, hasta se diría, tan desdeñosos hacia todo objeto literario que muestre alguna consistencia.

Además, como ustedes mismas dicen: “esto implicaría la aceptación de una serie de presupuestos que tienden a unificar y simplificar los múltiples procesos estéticos que allí (en Latinoamérica) suceden”. Exacto, pero es preciso añadir que esta reducción se hizo exitosamente en los tiempos sonoros del boom, cuando Améri-

ca Latina ocupó por unos años el lugar del exotismo en el "imaginaire europeo", mayormente francés para ser preciso, y entonces surgió una oleada entusiasta de libros más o menos folklóricos sumamente atentos a los registros que Europa deseaba escuchar. Fue, hay que admitirlo, un período de excelentes profesionales, sumamente eficaces y bien dispuestos a complacer el indiscutible gusto de los indiscutibles centros de Occidente en relación con la supuesta realidad, o hiperrealidad, absolutamente far-fetched, de este continente o subcontinente.

Desde luego, nadie tuvo en cuenta a escritores como Manuel Peyrou, Juan Rodolfo Wilcock, Mario A. Lancelotti, Pepe Bianco e inclusive la misma Silvina Ocampo, o el uruguayo Felisberto Hernández. Esa gente no era "representativa" de lo que se buscaba. Y sigue, afortunadamente, no siéndolo.

2) Los grandes escritores que dio esta parte del mundo son universales, nacidos eventualmente aquí. Pensemos en Borges e inclusive en Cortázar y en los anteriormente nombrados. Gente, en cambio, como los famosísimos Mario Vargas Llosa o García Márquez -a diferencia de ese otro gran artífice de la lengua que fue Juan Rulfo- parecen más bien latinoamericanos profesionales, capaces de desarrollar una enorme capacidad promocional mediante el artilugio de cierto folklorismo.

Posiblemente no pueda ser de otro modo, después de todo leer cuesta trabajo. Pero, recuerdo, a propósito de Latinoamericanos y simplificaciones por el estilo, una anécdota más bien ilustrativa de esta actitud. A fines de los 70 y principios de los 80, Héctor Bianchiotti estaba a cargo del departamento de lectura de Gallimard y sus recomendaciones eran palabra santa; en una oportunidad tenía en sus manos una novela argentina no demasiado conocida llamada *El Apartado*, que le había sido sugerida por un número importante de adherentes, por así llamarlos, y se esperaba su decisión para editarla en París. Esa decisión, sin embargo, se postergó sine die y el argumento para que así fuera consistió más o menos en lo siguiente: "La novela me ha gustado muchísimo -le confesó al autor-, salvo que es demasiado occidental, demasiado posible aquí, de modo que estimo que no sorprendería a los franceses, la sentirían casi como una novela propia y lo que ellos esperan es algo más típico, y este libro por supuesto no lo es". Creo recordar que el autor dijo "comprendo" o, simplemente "Ah!", quizás "Oh!", y se fue de allí ignorando que acababa de hablar con un futuro miembro de la Academia Francesa de Letras, nada menos. Desde luego, a *El Apartado* le faltaban bananeros gigantes junto al Obelisco y tampoco abundaba en señoras que levitan cuando tienden a secar la ropa al sol. No había dictadores que vivieran cien años ni olor a mango podrido por las calles ni ninguna otra cosa demasiado tópica y típica, eso es.

3) No sé si de este modo respondo convenientemente a las exigencias moderadas del cuestionario, pero lo cierto es que no puedo oír hablar de globalización massme-

diática sin que algo en mí se sacuda de inquietud. En principio, no son palabras bellas. Luego, pienso que la globalización es, en realidad, una fuerte relación unidimensional establecida por el poder de un sector del mundo sobre el resto en su casi totalidad. Esto significa que en beneficio de la comunicación (inevitablemente dirigida) se desmerece progresivamente la reflexión autónoma y la creación como fenómeno exclusivo y privilegiado de la singularidad. Desde luego, la literatura que hoy se edita en nuestro continente y en España responde con obediencia a los principios massmediáticos, gracias en buena medida al carácter económico gerencial impuesto en las cabezas de las grandes editoriales. A este propósito es indispensable señalar (aunque sea inútil) que ya no quedan editores pequeños que amen su oficio y veneren la literatura, o sea que ya no quedan editores. En su lugar hay gerentes que editan libros. Bueno, es así aunque se me diga lo contrario.

En cuanto a los libros de ficción que se editan hoy ¿qué decir? Porque ¿Qué cabría esperar de un oportunismo desaforado que sólo sueña con las ventas? Pienso en gente que escribe cosas como *Como agua para chocolate* o, pongamos por caso, la producción entera de señoras como Isabel Allende. O ese tipo de veneraciones simplistas otorgadas a los pies de altares sensibleros como los que levanta Mario Benedetti y tantos, tantos otros. Lo que hoy se hace es pura diversión confeccionada para el pasatiempo de personas que, en el fondo, odian la lectura pero saben - porque les han dicho - que leer esta bien, o cosas así. Estos libros de hoy responden a los gustos medios (mediáticos) y son hechos para no pensar siquiera en releerlos porque nadie podría releerlos honestamente, ¿y qué valor puede tener un libro si no deseamos releerlo?

La mayor parte de lo que hoy se escribe bajo el rótulo de novela no supera ni de lejos a lo que hoy se escribe (bajo el rótulo de novela) para la televisión. He ahí - aparentemente - nuestra mayor capacidad imaginativa, el género más representativo de nuestra actual narrativa y de nuestra actual cultura: el bodrio lacrimógeno serializado que se vende a buena parte del mundo. Se vende, esto es lo que importa.

Desde luego, nada de esto es casual. Consideremos un punto que habitualmente se deja de lado. Me refiero a la total ausencia - sin el más remoto atisbo de solución, por otra parte - de uno o más periódicos (en forma de revista o diario, eso no importa), capaces de difundir en el país la mejor prosa lograda en nuestro idioma y de producir el más instructivo criticismo no académico, aparte de presentar excelentes piezas de poesía o prosa de ficción, con artículos extensos y amenos sobre todo aquello que tenga que ver con la cultura, la vida de hoy y, eventualmente, el pensamiento. Un medio, o dos, que sirvieran como modelos con los cuales, o contra los cuales, un joven escritor consiguiera medirse e ilustrarse, abriéndose simultáneamente a todo lo mejor que el mundo ofrece. No hay nada en la Argentina, ni en los países vecinos ni tampoco en España, que pueda, por ejemplo, equipararse a la revista *The New Yorker* o, todavía mejor, al tabloid londinense *The Times Literary Supplement*,

tampoco a la revista parisina Magazine Littéraire, modelos que hasta hoy me parecen insuperables, si bien por carecer del idioma alemán desconozco lo que se pueda estar haciendo allí en la materia.

En fin, sin medios de este tipo, la producción y el estímulo literario se pierden en un confuso aquellarre de géneros de ocasión y sin una auténtica literatura; es evidente que nos hundiremos cada vez más en la insignificancia.

4) Para terminar, diré que soy incapaz de situar mi práctica literaria en el contexto de no importa qué tendencias. Tampoco sé muy bien si existen tendencias o no (creo que no) y, con total honestidad y sin ninguna arrogancia de mi parte, confieso que me tiene sin cuidado estar o no comprendido en corrientes de cualquier tipo. Personalmente, siempre he pensado que la literatura (la escritura) es uno de los pocos fenómenos de la creación totalmente individual. Uno escribe en silencio, impulsado por una necesidad mayormente inexplicable, sin saber exáctamente para qué y mucho menos para quién. Ya es casi milagroso (o descomedido) el hecho mismo de ponerse uno a escribir. El poeta angloamericano W.H. Auden decía que escribir novelas es un arte mayor que el de escribir poesías. Tal vez por eso, agregaba, resulta tan raro encontrar verdaderas novelas.

No estoy tan de acuerdo en cuanto a la excesiva modestia jerárquica que otorga a la poesía, pero no dudo que sobre el resto está en lo cierto.

REINA ROFFÉ

(Argentina)

1) El fenómeno de la globalización lo que ha modificado perceptiblemente es el mercado editorial, cuya política actual - la más extendida tanto en España como en Latinoamérica- es la de promocionar una literatura de evasión que responde a una supuesta tendencia internacional por consumir novelas y relatos que entretengan y emocionen sin producir grandes perturbaciones. Una literatura de fácil comercialización, de venta masiva. En este sentido, parece haberse roto la balcanización de América o las tensiones de la difícil relación centro-periferia, porque hay muchos productos provenientes de diversas regiones de Latinoamérica que, en estos momentos, encabezan la lista de ventas en Europa y en EE. UU. Estos productos que dan la sensación de haber unificado el mercado, siguen el camino abierto por dos o tres modelos ya instalados desde hacía varias décadas en el panorama literario universal. Es decir, ofrecen más de lo mismo y peor, en general. Sin embargo, todo lo que diverge de esos modelos, en otras palabras, las tentativas diferentes que emanan de los países latinoamericanos son ignoradas en Europa y en el contexto internacional. Por eso, creo que el fenómeno de la globalización que afecta significativamente

aspectos económicos y políticos no llega a cambiar otros como, por ejemplo, las condiciones de producción de las literaturas regionales ni ayuda a modificar las reflexiones acerca del origen y de cómo son leídos los géneros literarios o la diversidad estética de los distintos hogares culturales de Latinoamérica. Por este lado, no se han dado grandes cambios.

2) En cuanto a mi práctica literaria, pienso que coincide de alguna manera con la tendencia de otros escritores latinoamericanos que trabajan el material de la realidad, procesándolo de tal manera que de esto sólo se vean aristas, recortes que afectan la vida de los personajes y su desenvolvimiento individual y colectivo, que trabajan con la reconstrucción de la memoria para rodear el enigma de la historia, pero escapando del peso de lo real para hacer, digamos, una traducción de la sombra de lo real proyectada sobre la cotidianeidad y cuyas preocupaciones se centran, además, en ver de qué manera se puede resemantizar la gestación de una nueva cultura que parece imponerse en este final de siglo. De cualquier forma, creo que mi literatura se inscribe fundamentalmente dentro de la tradición rioplatense.

Es decir, léase esta cadena: Arlt, Borges, Felisberto Hernández, Onetti, Cortázar, Puig, Silvina Ocampo... los narradores actuales del cono sur. Por lógica, mis filiaciones en cuanto a perspectivas, sistemas literarios y problemáticas tienen que ver con esta región de Latinoamérica y no con otras. Puedo leer y admirar la obra de escritores mexicanos, por ejemplo, pero me siento mucho más próxima a aquéllos que piensan y escriben dentro de un mismo sistema de comunicación.

BIBLIOGRAFIA

- AINSA, Fernando. "El desafío de la identidad múltiple en la sociedad globalizada", en *Graffiti*, N° 73, mayo-junio, 1997, págs. 22-33.
- AVENDAÑO, Ernestina. *Hacia una textualidad latinoamericana. Lectura crítica de Octavio Paz y Alejo Carpentier*, San Juan, Editorial Fundación Universidad Nacional de San Juan, 1995.
- CALABRESE, Elisa. *Supersticiones de linaje. Genealogías y reescrituras*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 1996.
- CAMPRA, Rosalba. *América Latina: la identidad y la máscara*, México, Siglo XXI, 1987.
- COHEN IMACH, Victoria. *De utopías y desencantos. Campo intelectual y periferia en la Argentina de los sesenta*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 1994.
- CONTRERAS B., Marta. "Los estudios humanísticos y el tema de la identidad latinoamericana", en *Atenea*, Concepción, Universidad de Concepción, n° 475, 1997, págs. 73-84.
- CUEVA, Agustín. "América Latina ante el "Fin de la Historia", en *Homines*, San Juan de Puerto Rico, Universidad Interamericana de Puerto Rico, Vol. 17, N° 1 y 2 julio 1993-junio 1994, págs. 60-67.
- DE GRANDIS, Rita. *Polémica y estrategias narrativas en América Latina. (José María Arguedas - Mario Vargas Llosa - Rodolfo Walsh - Ricardo Piglia)*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 1993.
- GONZALEZ DE MESA, Amparo. "Iberoamérica (identidad y nombre)", en *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, N° 541-542, 1995, págs. 57-103.
- GNUTZMANN, Rita. "América Latina: ¿unidad o diversidad? Heterogeneidad", en *Cuadernos para la Investigación de la Literatura Hispánica*, Madrid, Fundación Universitaria Española Seminario "Menéndez Pelayo", N° 21, 1996, págs. 27-41.
- LANDER, Edgardo. "Retos del pensamiento crítico latinoamericano durante la década de los noventa", en *Homines*, San Juan de Puerto Rico, Universidad Interamericana de Puerto Rico, Vol. 17, N° 1 y 2, julio 1993-junio 1994, págs. 32-59.
- LEYVA, José Angel. "Del realismo mágico a la recuperación de la palabra. Conversación con Mempo Giardinelli", en *Memoria*, México D.F., noviembre de 1996, N° 93, págs. 32-36.
- MIGNOLO, Walter. "Occidentalización, Imperialismo, Globalización: herencias coloniales y teorías postcoloniales", en *Revista Iberoamericana*, Pittsburgh, Universidad de Pittsburgh, N° 170-171, enero-junio 1995, págs. 27-40.
- MARTINI, Juan. "Otras generaciones. Sobre el canon literario", en *Clarín*, "Suplemento Cultura y Nación", jueves 27 de febrero de 1997, pág. 5.
- PAGES LARRAYA, Antonio. "La busca de la identidad en las letras argentinas:

- nexos y filiaciones", en *La periodización de la literatura argentina. Problemas, criterios, autores, textos*. Actas del IV Congreso Nacional de Literatura Argentina, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, 1987, tomo I, págs. 41- 68.
- RODRIGUEZ PERSICO, Adriana. "Identidades nacionales argentinas 1910 y 1920", en AUTELO, Raúl (organizador) *Identidade & representação*, Florianópolis, UFSC, 1994.
 - SANCHEZ MOLINA, Ana C. "Novela e historiografía latinoamericana: una perspectiva comparatista (Carpentier- Kundera)" en *Káñina*, San José de Costa Rica, Vol. XIX, N° 2, 1995, págs. 57-68.
 - TALENS, Jenaro. "Escritura contra simulacro. El lugar de la literatura en la era electrónica", en *Casa de las Américas*, N° 203, abril-junio, 1996, págs. 15-28.